

“PEQUEÑAS COSAS QUE DESTROZARON MI VIDA”

Hola... ahora creo que debería decir mi nombre, presentarme y todas esas cosas... Pero durante mi vida no he tenido ningún nombre. Yo soy marrón, pequeñito y me gustan los gusanos “frescos”. Mi hermana y yo nacimos en Villa Castañas, un pueblecito situado en una sierra. El pueblo era pequeño, tranquilo y acogedor, era el lugar perfecto para mi bandada. Mi nido estaba en la plaza del pueblo, en un árbol solitario situado en el centro. Este era robusto, alto, y según la gente del pueblo llevaba centenares de años en la plaza.



Os estaréis preguntando qué hago yo hablando vuestro idioma, pues... aunque no lo creáis, no somos tan tontos como parecemos. Tenemos sentimientos, amamos, pensamos, en fin, no somos objetos. Además llevamos muchos años viviendo entre humanos y hemos escuchado miles de conversaciones ente ellos ¿Cómo no íbamos a comprender vuestro lenguaje?

Yo, tenía mucha prisa por aprender a volar. Me encantaban las mariposas, sobretodo verlas mover las alas con tanta facilidad... ¿Cuándo llegaría el día en el que

yo pudiera hacer lo mismo? Mi hermana y yo nos lo pasábamos en grande cantando melodías, sin embargo la que mejor cantaba era mi madre.

Ella me contó muchas cosas en mis primeros días de vida. En lo que más me insistió fue que nunca me fiase de los humanos. Ellos eran malos decía... pues pensaban por su bien y no por el nuestro. Yo no la presté mucha atención, porque ellos no me parecían algo malo, pero ella me dijo que de mayor la entendería.

Mamá puso tres huevos tras nacer mi hermana mayor y yo. Mi madre los trató con muchísimo cariño mientras se encontraban dentro del cascarón y hasta a veces pasaba las noches en vela sentada sobre ellos para darles calor. Pero... un día, en el que mis hermanos estaban a punto de nacer, unos niños empezaron a jugar al fútbol en la plaza. Dijeron que nuestro árbol era el poste de la portería. Entonces, como era de esperar, el balón dio fuertemente a mi árbol. Los huevos cayeron. No pudimos hacer nada para evitarlo. ¡Ya no tenía solución! ¡Mi hermana y yo nos habíamos quedado sin hermanos y mi madre sin esos hijos a los que tanto había cuidado!

A partir de ese día mamá estuvo muy rara. Siempre estaba seria y ya no piaba sus bonitas canciones. Parecía que se hubiese puesto enferma. Yo no sabía qué hacer. Había oído hablar de los veterinarios, que curaban a los animales enfermos. Y cuando



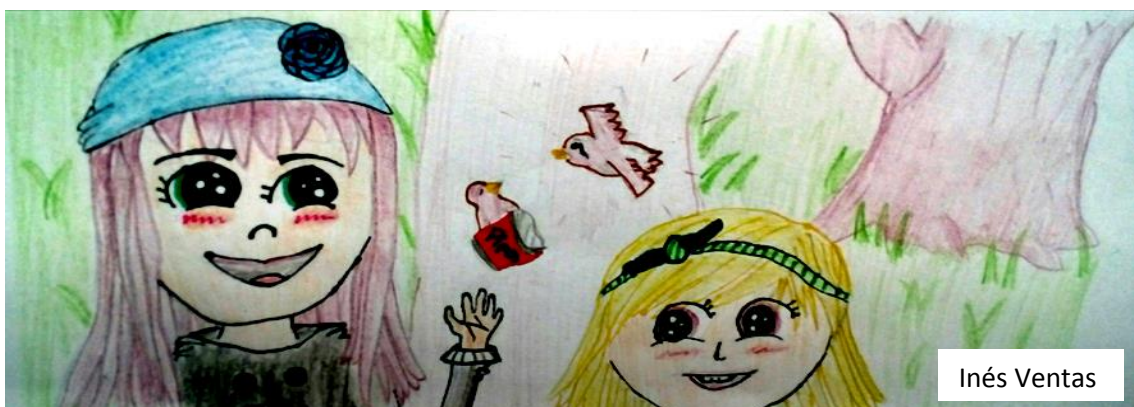
por fin aprendí a volar me acerqué al veterinario que había al lado de la plaza y me puse en el alfeizar de su ventana. Desgraciadamente nadie me hizo caso. Entonces se me ocurrió una idea. ¡Aprendería a leer para saber la solución de la enfermedad de mi madre! En el libro del veterinario ponía la solución de todas las enfermedades, así que podría curarla. Al momento me di cuenta de lo alocada que era mi idea. No pude aprender a leer porque no sabía cómo ni dónde estudiar. ¿Habría escuelas para pájaros? No, seguro que no.

¡Cómo me gustaría entrar a las bibliotecas! Esas grandes y luminosas salas, donde hay libros a montones, suficientes para pasarse la vida de aventura en aventura sin parar ni un momento de leer, no aburrirse nunca y solucionar todos los problemas, como la enfermedad de mi madre.

Después de unos cuantos días mi madre se puso muy débil. Además, no había muchos sitios dónde beber, pero tras mucho tiempo buscando, encontramos una piscina. Nosotros no sabíamos que el agua de la misma tenía cloro. Así que bebimos. A mi hermana y a mí no nos pasó nada, porque éramos jóvenes y fuertes. Pero mi madre murió al instante, estaba muy débil y su cuerpo no pudo aguantar.

Mi hermana y yo, tristes, decidimos mudarnos. Fuimos a una ciudad. Allí hicimos un nido en la ventana de una casa. En la casa vivía una niña llamada Eli. Todas las noches su madre la contaba un cuento antes de acostarse. Un día, cuando ya llevábamos un año allí, su madre le contó el cuento de “Charlie y la fábrica de chocolate”. Estaba muy interesante. Pero se lo dejó a medias. Yo esperé al día siguiente, con mucha ilusión porque quería saber el final. Pero, por la noche nadie apareció. La casa estaba vacía. Creo que la familia se mudó a otra ciudad, pero siempre me quedará la duda. El libro estaba a solo unos metros míos, pero, aunque pudiera llegar hasta él no me serviría de nada. ¡Si supiera leer...!

Posteriormente nosotras dos fuimos a un parque cercano a nuestro nido. Allí cazamos muchos insectos y bebimos del lago. Aun así, mi hermana seguía con hambre. En ese momento pasaron unas niñas con una bolsa de pipas. A ellas les pareció que mi hermana era muy bonita, y la dieron de comer algunas pipas. Mi hermana se las comió con mucho gusto. Lo pasaron bien jugando, pero a la hora de irse, una de las amigas cogió la bolsa, y, al ver que estaba medio vacía la tiró al suelo. Entre risas las dos amigas siguieron su camino. Mi hermana, como aún seguía con hambre (cosa que yo nunca comprendí, pues se había comido la mitad de la bolsa) se comió las que quedaban con tan mala suerte que también comió algo de plástico de la bolsa. Empezó a hacer movimientos incomprensibles y yo, al ver que se estaba ahogando fui a ayudarla. No sabía qué hacer. Mi hermana murió sin remedio.



De mi familia solo quedaba yo. Pasaron unos cuantos años. Dos, creo. Y yo, un día, sobrevolé unos campos al lado de una bandada de patos. Si hubiese aprendido a leer, sabría que esa zona era un coto de caza de patos. Tan mala suerte tuve, que un disparo de un cazador me dio en un ala. Yo caí, unos niños me recogieron y me llevaron a su casa. Me curaron y me metieron en una caja de zapatos. Lo pasé muy mal allí. No paraban de acariciarme, estaba encerrada, y casi no me daba la luz del sol. Sin embargo allí se cumplió mi ansioso deseo... ¡el de aprender a leer! Los niños que me recogieron estudiaban lectura y yo escuchaba las explicaciones. Así aprendí a leer y a escribir.

Pero, aunque eso me agradó muchísimo cada día me sentía peor. Sabía que esos iban a ser mis últimos días de vida. Pero yo no quería morir así. Encerrada, triste, sin hijos, tirada en la basura después de morir, mi vida no había sido lo que se dice buena. Pero yo no quería que a nadie más le pasara algo así. Mi madre tenía razón, los humanos me habían destrozado la vida, a mí, a mi hermana, a ella, a los que hubiesen sido mis hermanos y quién sabe a quién más. Por eso, antes de morirme, escribí este cuento. Para que los humanos se dieran cuenta, de que todo lo que hacemos influye en la vida de alguien y que, con ello, todo lo que hacemos puede estropear otra. Y ahora este cuento está en tus manos para que tú, sí tú, pienses en nosotros, los animales, y en las plantas, y nos ayudes, aunque sea con pequeñas cosas.

FIN